

LA OBRA DE GUILLERMO BONFIL BATALLA

MIGUEL ALBERTO BARTOLOMÉ

Centro Regional de Oaxaca del
Instituto Nacional de Antropología e Historia
México

Guillermo Bonfil Batalla nació en la Ciudad de México el 11 de enero de 1935, un trágico accidente automovilístico le arrebató la vida el 26 de julio de 1991. Tenía 56 años de edad; le sobreviven su esposa Cristina, así como sus hijos Paloma, Judith y Horacio. Hacia cuatro años Guillermo había completado el siglo de edad, dentro del calendario prehispánico mesoamericano de 52 años, por lo que consideraba que el cumplimiento de ese ciclo de otorgaba una nueva libertad; lo colocaba en un nuevo tiempo que debía aprovechar ávidamente. En esa otra búsqueda lo sorprendió la muerte.

Pocos antropólogos latinoamericanos en las últimas décadas pudieron desarrollar una actividad académica e institucional, con la intensidad lograda por Guillermo. Hacia 1961 se graduó de antropólogo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y en 1971 obtuvo su doctorado en Ciencias Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre esos años produjo cine etnográfico, monografías etnológicas y escritos indigenistas; que suponían un intenso ejercicio de la vocación antropológica, pero entendida fundamentalmente como un compromiso político y social con la población indígena. En la década de los setenta asumió la Dirección General del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1971-1976), desarrollando una inusitada expansión institucional, con la creación de los Centros Regionales del INAH, encargados de llevar y arraigar la investigación antropológica en la provincia mexicana. Le tocó también participar en la fundación del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores del INAH, el que después se transformaría en el actual Centro de Investigaciones y

Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), del cual se desempeñó después como Director (1976-1980). En esta época participó en la creación y dirección de la Licenciatura en Etnolingüística, destinada a los maestros indígenas y orientada hacia la creación de cuadros profesionales surgidos de las minorías étnicas. A su salida del CIESAS fundó y dirigió el Museo Nacional de las Culturas Populares (1980-1985), el que más tarde quedaría incluido dentro de la Dirección General de Culturas Populares que él también dirigiría (1989). Para el momento de su muerte había creado y conducía el Seminario de Estudios de la Cultura dentro del Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes. Ha quedado librada a la imaginación, qué otras aventuras profesionales podría haber emprendido en el futuro. Creo que es importante destacar que en el transcurso de su carrera institucional, tuvo la rara capacidad — y habilidad — de ser un alto funcionario y a la vez un contestatario.

Pero no es mi intención hablar de un muerto, sino dialogar respecto a la obra de un querido amigo y colega, cuyas ideas y palabras siguen viviendo. Hace ya más de 20 años, durante un simposio realizado en la isla caribeña de Barbados, conocí a este antropólogo mexicano, quien era el único de todos nosotros que no trabajaba con los pueblos indígenas de las áreas selvícolas de América del Sur. Sin embargo su contribución a ese encuentro resultó fundamental, al igual que en la posterior Reunión de Barbados de 1977; durante la cual comenzamos en forma conjunta un intento de diálogo con representantes de sociedades indígenas de toda América. Guillermo Bonfil dedicó buena parte de su vida a este empeño, tal como lo expresa su libro *Utopía y Revolución*, que recoge el pensamiento político indio contemporáneo de América Latina y busca una caracterización definitoria de la que denominara Civilización India.

Tuve el privilegio de que Guillermo y la compañía editora me invitaran a presentar esa obra: durante el transcurso del tradicional ritual académico, un indígena nahua del Estado de Guerrero pidió la palabra y dijo — doctor, ese libro ya no le pertenece, ese libro ya es nuestro —. Creo que en ese momento Guillermo supo que su obra estaba llegando a dónde quería que llegara, a los pueblos de los cuales provenían tanto sus conocimientos como su orientación ideológica y afectiva. Los pueblos indios encontraron en él, tanto un interlocutor valioso como un solidario promotor de la defensa de sus culturas: y eso es más de lo que se puede decir de muchos colegas, demasiado ocupados en una promoción personal, que llega a hacerles olvi-

dar a los seres humanos concretos que otorgan sentido a sus tareas. La práctica profesional de Bonfil, es precisamente un ejemplo, de lo que puede ser sintéticamente caracterizado como una antropología solidaria. Comenzó, junto con algunos miembros de su generación, por ser un antropólogo crítico; pero logró materializar esa crítica en una obra política y académica concreta.

Tanto en su obra escrita como en su práctica social, no encontraremos posturas retóricas, tan cara a aquellos que creen que la etnicidad es exclusivamente un instrumento, algo que sólo tiene importancia si sirve para algún fin. Aquellos que pretendieron minusvalorar la importancia de lo étnico y que designaron a la perspectiva que Guillermo compartía, con el poco imaginativo rótulo de "etnopolulismo". La purificación ética que produce la muerte, hace que ahora esa misma gente pretenda rescatar la figura de Bonfil. Pero más allá de las coyunturas y confrontaciones políticas, creo que uno de los méritos de Guillermo radica en haber entendido el valor fundamental del pluralismo cultural, de la articulación igualitaria de las diferencias; no sólo como una forma de reparar las injusticias del pasado y del presente, sino como una imperiosa necesidad para la construcción de todo proyecto social humanista en el futuro. Los pueblos indígenas con los que se relacionaba supieron de esta solidaridad profunda, por ello de tributar una poco ortodoxa ceremonia fúnebre, en la que se mezclaron grupos de danza nativa y bandas de música de pueblos. Un enamorado de las trasgresiones fue despedido en una forma trasgresora: le hubiera encantado.

En su libro *México Profundo*, Bonfil plantea con claridad que una de las contradicciones básicas de la sociedad nacional, radica en la existencia de dos Méxicos; un México Profundo portador de los ecos de la civilización mesoamericana y un México Imaginario que busca indetificarse y realizarse a través de patrones culturales exógenos. A muchos no les gustó ese desenmascaramiento: resulta siempre mucho más fácil traducir nuestras realidades nacionales en los términos de los prestigiosos intelectuales del primer mundo. La audacia y la originalidad intelectual tienen a veces la virtud de sorprendernos, de desorientarnos: nos sentimos más protegidos al amparo de las grandes tradiciones de pensamiento occidental, y para algunos es suficiente ser buenos repetidores de ortodoxias. Sin embargo, la prueba de la legitimidad de su audacia la proporciona el hecho de que desde hace décadas, ningún antropólogo mexicano había logrado una respuesta tan grande para su obra, no sólo en los países llamados "centrales", como lo

ejemplifica el otorgamiento de las Palmas al Mérito Académico de Francia (1983), sino fundamentalmente en América Latina. Los trabajos de Guillermo son leídos y enseñados en Universidades y centros educativos, culturales y/o promocionales de toda América Latina. Y no estoy recurriendo a generalizaciones fáciles: hablo de la Universidad Central de Caracas, de la Universidad de Brasilia, de la Universidad de San Marcos en Perú o de la Universidad Nacional de Buenos Aires, para citar sólo algunas. No creo que exista un solo antropólogo graduado de estas u otras universidades latinoamericanas, que a lo largo de su carrera no hayan tenido que relacionarse con la obra del Dr. Bonfil Batalla.

Su profunda preocupación por la sociología de México, lo llevó a interesarse no sólo por las sociedades nativas sino también por las culturas populares, incluyendo las urbanas, tal como lo refleja el Museo Nacional de las Culturas Populares que creara. Sin embargo, esta intensa relación intelectual y afectiva con las manifestaciones culturales de su país, no convirtieron a Guillermo en un nacionalista xenófobo. Por el contrario, su pasión por la alteridad, por lo diferente a la vez que igualitario, lo llevó a ser un hombre realmente universal. Muchos de los antropólogos de otros ámbitos que trabajamos en México, debemos gratitud a su generosa amistad profesional, basada en el reconocimiento de que todos podemos ser extranjeros ante las culturas alternas. Para Guillermo no existían ni "mis indios" ni "nuestro glorioso pasado"; ambas formas de expropiación de un mundo que en realidad pertenece a las sociedades indígenas del presente. Sabía que los logros civilizatorios de los pueblos indios que habitan en el ámbito del actual estado-nación mexicano, no eran sólo patrimonio de un país sino parte de la experiencia y de la aventura de la humanidad entera.

Dije que no iba a hablar sobre un muerto, y me ampara el hecho de que su obra está viva y seguirá creciendo en la medida que sea analizada, interpretada, criticada, transformada, corregida o repensada. A disposición de todos están sus libros, sus ensayos y las instituciones que creara o dirigiera; sólo debemos lamentar que un golpe de dados, un acto del azar haya impedido que esa producción se continúe incrementando. Tanto en el presente como en el futuro, cualquier persona involucrada, o de alguna manera comprometida, con uno de los más dramáticos procesos sociales de nuestro tiempo: la cuestión étnica y sus protagonistas en América Latina, deberá seguir dialogando, incluso discutiendo, con el Dr. Guillermo Bonfil Batalla.